

especial para Palabra, con una disculpa (no mil, por la disminución de los ceros)

PAN: de la indiferencia
al mayor reconocimiento
miguel ángel granados chapa

Las primeras noticias que tuve de Acción Nacional no eran para alentar una visión estimulante sobre ese partido. Viví en la ciudad de Pachuca hasta los 18 años (entre 1942 y 1959), y cuando tuve uso de razón política vi que los panistas que osaban decir ^{que} lo eran ejercían funciones marginales, en una sociedad muy convencional y estratificada.. Uno era don Domingo de G. Ramírez, un antiguo maderista, vestido siempre de negro porque era propietario de una de las dos agencias funerarias de la capital hidalguense, no la utilizada por los muertos de mayor renombre, sino por los pobres y anónimos. El otro era el doctor Aurelio Gómez Membrillo, homéopata, modalidad médica desdeñada por quienes practicaban la alopátia, entre otras cosas, supongo, porque no generaba consumos en las farmacias que más de uno de estos últimos poseía.

A pesar de que milité en un grupo parroquial de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, que en otros estados surtía de miembros al PAN, no me interesó aproximarme a ese partido (ni hubo en la ACJM instancias proselitistas en tal sentido), porque ya me afectaba la propaganda periodística sobre "los que trajeron a Maximiliano", y no me gustaba tener siquiera cercanía con quienes habían procedido de tan fea manera en el pasado. Y, a cambio, no tuve de ninguna manera acceso a los documentos del PAN, ni a las razones de su aparición en la escena mexicana.

Escuché a panistas diversos a los borrosos y melancólicos que en Pachuca había visto de lejos, por primera vez, durante el colegio electoral de la LV legislatura, Me sorprendieron, porque su vivacidad no cazaba con mi prejuicio, los discursos de Manuel Rodríguez Lapuente y Hugo Gutiérrez Vega. Estudiante ya en la escuela de ciencias políticas y sociales de la UNAM, comenzaba a tener una idea más amplia sobre la historia de México que la estereotipada y mecánica que había aprendido hasta entonces. De haber permanecido dentro de Acción Nacional esos dos frustrados candidatos a diputados, acaso hubieran sido un móvil para mi aproximación a ese partido. Pero se fueron, junto con otros militantes, y algunos de ellos fundaron el Movimiento Social Demócrata Cristiano. Tuve conocimiento de esta agrupación a través de don Horacio Guajardo, a la sazón gerente de la revista Señal, que había sido un abnegado miembro del panismo, reportero y jefe de información de su semanario, y aun candidato a diputado. Ingresé a ese movimiento, porque su planteamiento satisfacía mi búsqueda de un credo social y

1961.

2

humanista, y por la calidad de las personas que entonces, fines de 1963, tuve oportunidad de conocer, entre ellos Francisco José Paoli, ahora miembro de la fracción parlamentaria del PAN. Guajardo me ofreció, en aquella coyuntura, una lección de civilidad política (y de salud mental) que jamás olvidaré. A pesar de que su separación del PAN no fue indolora, ni por asomo deslizó juicios adversos, agrios o amargos, ni siquiera irónicos, sobre sus antiguos compañeros. Sólo se había apartado de ellos, por defender convicciones que juzgaba tan valiosas como las que antes abrazó, y respetaba cordial y activamente a muchos panistas con quienes mantuvo relación amistosa. Comprendería más tarde, cuando fui conociendo la selvática ley que rige buena parte de nuestra vida pública, el inmenso valor de aquella posición. La encontré asimismo en don Alejandro Avilés, durante el tiempo en que se alejó del partido de cuyo periódico había sido director.

Muy otra, en cambio, era la actitud que mantuvo hacia Acción Nacional don Manuel Buendía. Nos hicimos amigos poco después de que fuera el primer director de periódico para el que trabajé, y en conversaciones interminables que por supuesto abordaron muchos otros temas, recogí de su boca una versión asaz negativa de la vida interna del partido al que se había acogido siendo un muchacho, y en cuya revista *La Nación* había hecho sus primeras armas periodísticas. Trasladaba a menudo esos juicios a sus columnas (que en aquellos años figuraban en *El Día*) y al aprendiz de periodista político que yo era, como sigo siendo, le resultaba difícil no alimentar su conciencia con esos testimonios que me eran ofrecidos como de primera mano. Naturalmente, el tema era discutible, pues un rasgo esencial de mi relación con don Manuel era el respeto a las opiniones divergentes. Por mi parte, había pronto abandonado la creencia en que la democracia cristiana fuera una opción progresista (esa vaga especie de "socialismo con rostro humano" que ha sido mi insatisfecha aspiración durante décadas) y, en consecuencia mi visión sobre Acción Nacional se había cristalizado: era un partido burgués, derechista, imposible mezcla del programa social de la Iglesia con el liberalismo caro a los empresarios que lo financiaban. Ni siquiera la lectura de los artículos de don Adolfo Christlieb Ibarrola en *Excélsior*, ni el respeto que me inspiraba la austeridad solemne de don José González Torres (de quien era vecino, en un edificio de despachos de la calle Tacuba, donde hoy se levanta la estación Allende del Metro) modificaron mi apreciación sobre el panismo.

Esta evolucionó en la medida en que me adentraba en el periodismo político y en las responsabilidades de dirección. La campaña presidencial de Efraín González Morfín, y su

posterior liderazgo y salida me ofrecieron nuevas perspectivas para examinar la actuación panista. Me quedó clara la importancia de su presencia en la vida cívica nacional por su ausencia en las elecciones de 1976. Fue, sin embargo, una tarea árdua, que se prolongó durante un largo proceso, la de comprender las aportaciones de Acción Nacional a la democracia mexicana.

Comencé por evaluar la vida y la obra de su fundador, don Manuel Gómez Morín. Hallé en una librería de viejo un ejemplar de *La Nación y el régimen*, y disfruté la claridad de su expresión, que por supuesto no reñía con la densidad de su pensamiento. Primero la lectura de la entrevista que le hicieron los esposos Wilkie, y posteriormente la espléndida biografía que, contrastada con la de Lombardo Toledano, escribió Enrique Krauze, así como el conocimiento por otras fuentes de su tarea en la administración pública y la Universidad Nacional, configuraron delante de mí la idea de un mexicano de excepción, visionario y sólido, lejos del servidor de sórdidos intereses empresariales que el peor priísmo se empeñó en proyectar. Leí con emoción las *Memorias del PAN*, de don Luis Calderón Vega, pues previamente había conocido su relato sobre la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, su *Política y espíritu*, y su alegato contra la superficialidad del catolicismo mexicano. Me he detenido largamente en la colección que guarda la Hemeroteca, de *La Nación*, y aprendido a respetar el talento periodístico de don Carlos Septién García, la abnegación de Avilés y la garra profesional y humana de Gerardo Medina. Naturalmente, conozco los estudios (como los de Javier Romero y Abraham Nuncio) que ponen en duda las contribuciones de Acción nacional, pero pesan más en mi análisis los breves textos de Christlieb Ibarrola, González Morfín o, para citar a los contemporáneos, de Carlos Castillo Peraza.

Naturalmente, tanta o más fuerza que las reflexiones contenidas en esos textos, han tenido para modelar mi actual perspectiva sobre el PAN el testimonio de sus militantes, resueltos y anónimos, que han ido amontonando votos y tesón, que han resistido frustraciones y aun han llegado a la heroicidad. Sin su empuje y su conmovedora constancia, las más claras ideas se hubieran quedado sin trascender.

Me he propuesto escribir en algún momento una semblanza de Christlieb, para la cual he reunido ya un vasto material. Los nuevos dilemas del partido que dirigió, fruto de su crecimiento y de su nueva implantación en el sistema político mexicano, parten de su concepto sobre la oposición. La que el PAN ejerce no puede ser permanente. La reforma que estableció los diputados de partido, primera aproximación a la representación proporcional debía ser considerada, en la visión de don Adolfo, "como una oportunidad para el régimen

mismo, de establecer un puente entre la indeseable situación electoral que en México existe todavía hoy, y un sistema objetivo y real que refleje la voluntad popular en forma inobjetable, para ~~que~~ quien gane y para quien pierda. ¡Qué bueno será que los partidos de oposición se fortalezcan y surjan; pero qué bueno será que se liquiden los privilegios del partido oficial y los privilegios del poder, que se atienden preferentemente a las decisiones que resultaran de las urnas electorales!".

A mi juicio, puesto que ese puente aún no se ha tendido, queda todavía a Acción Nacional el deber de participar en su construcción. Los tiempos que corren han complicado las opciones, como se advierte en el debate interno en el PAN. Pero, más allá de las contingencias específicas, y por encima de los restos de prejuicio que no han sido eliminados por entero, me parece que el partido de Manuel Gómez Morín honra cotidianamente la memoria de su fundador.